

CON MARMOLES DE AMERICA

Por SANTIAGO P. MINETTI

Recordamos una grata fecha para las repúblicas hispanoamericanas, en todas ellas, la evocación de la misma, debería contener el caudal de emoción y gratitud que merece la extraordinaria figura del Precursor de la independencia americana, don Francisco de Miranda.

El 28 de marzo de 1750 —hacen hoy 228 años— “en amplia casona de tejas curvas, claros patios y largos corredores, en la calle de la Divina Aurora, cerca de la plaza principal de la ciudad de Santiago de León de Caracas, capital de la rica y culta capitania general de Venezuela, nació don Francisco de Miranda, hijo de don Sebastián de Miranda y Revello, oriundo del Valle de la Orotava, en Canarias, y de doña Francisca Rodríguez Espinosa de familia domiciliada en Caracas por varias generaciones”.

Nació en una época histórica cuya influencia en su espíritu destaca el historiador venezolano Cristóbal L. Mendoza. La época en que el pronunciamiento de Juan Francisco de León contra la Compañía Guipuzcoana, invocando por primera vez el nombre de la Patria oprimida y asumiendo la representación de los vecinos, sacude con intensidad el espíritu criollo —más aún, con el cruel castigo que sufre de León— y traza con profundos caracteres dos campos definidos: la noción de lo americano en oposición a lo peninsular.

Cuando mozo de 21 años, disgustos con la nobleza criolla por blasones o prejuicios de ésta respecto a su padre, lo impulsan a alejarse de Caracas, Miranda, nos dice el historiador citado, se lleva sin duda arraigado en su espíritu la idea de que la América Hispana constituye un vasto conjunto dotado de todos los elementos morales y materiales indispensables para enderezarse por sí misma hacia un porvenir esplendoroso.

Se lleva también la visión —agrega Mendoza— de rompimiento inevitable de las ligaduras que atan la suerte de aquella a la de la Monarquía española, empobrecida y decadente.

Fue espectacular y romántica, como ha dicho Robertson, la carrera de Miranda. Sellada por un destino: la libertad; ennoblecida por un propósito: la unidad de América hispana.

Quizás el problema no se planteó en su conciencia en estos términos, quizás buscó sólo la libertad; la libertad de la América española concebida en la grandeza de su pensamiento como en el de los grandes libertadores que lo siguieron, como la

libertad de toda la Patria, pues América era la Patria común para los hombres del Nuevo Mundo.

En cualquier forma, Miranda fue el primero en levantar las banderas de la emancipación y el primero en los planes concretos de una vasta armonía continental, “transformando el imperio colonial español en un inmenso Estado indoamericano, subdividido en Provincias autónomas dotadas de sus respectivos Poderes Legislativo, Ejecutivo y Judicial”. “Partiendo de la unidad de aquel imperio, cuyo territorio había sido conquistado con idénticos procedimientos, repoblado de un modo análogo, sometido a una legislación uniforme, colonizado, en fin, con un mismo método, el ilustre Precursor planteó su emancipación total y la consiguientes reorganización de la dilatada estructura como un solo organismo político”.

“La ejecución de este proyecto —sigue el historiador Mendoza— a primera vista descabellado por su desmesurada extensión territorial, parecía sin embargo, singularmente viable gracias a las instituciones implantadas por la Metrópoli en las Colonias, de un modo tan general y sistemático, que imprimieron una fisonomía peculiar a todas ellas, inspirado en sus clases superiores un igual y arraigado sentimiento de la Ley y la Justicia, sobre el cual habrían de basarse confiadamente las iniciativas emancipadoras. Iguales, o parecidos conceptos, expresaron los demás Precursores. Era una filosofía política y social que brotaba espontáneamente de todos los rincones de la América Hispana y cuyos postulados se afincaban en lo más hondo de las tradiciones civilistas de la Colonia, unidas ahora a la aspiración colectiva por la independencia”.

Y bien; de acuerdo con lo precedente, bien cabe afirmar que cuando se busca en la historia americana el nombre de un apóstol de su libertad y de su unión, ninguno con más alto mérito que el de Francisco de Miranda.

Encabeza el grupo selecto de los que a esta noble misión consagraron su vida y fueron sus mártires.

Fue el Caballero de la libertad y de él nos dice Michelet: “No hay ejemplo de existencia tan completamente abnegada, sistematizada toda entera en provecho de una idea: la independencia de América Latina”.

A esta idea condicionó su existencia, fue su pasión y su guía. Durante treinta años la sirvió con resolución y energía indeclinable.

“Vivió siempre —se ha dicho— para la libertad y felicidad de los demás”. Por la libertad de los hoy Estados Unidos de América, luchó en Pensacola; atraído por los ideales de la Revolución Francesa, integró el sector de los girondinos, triunfó en Valmy y recibió las palmas de general. Su nombre, está entre los inmortales que registra el Arco de Triunfo y Francia, además, le consagró un busto en los campos militares de la triunfal acción.

“Más que un hombre era una idea” y a esa idea, a su triunfo, le consagra su tiempo, sus energías, su talento, la sirve con su extraordinaria cultura y la ennoblece con un sacrificio heroico que le hace recorrer Europa, que le crea riesgos y peligros, todo lo cual él supera porque está poseído del fuego sagrado que observó en él, Napoleón Bonaparte. “Es un Quijote —dijo Napoleón— pero con la diferencia de que no está loco. Este hombre tiene el fuego sagrado dentro de sí”.

Desde su estada en España, se había familiarizado con el ideario de la Enciclopedia; sus servicios a la independencia de los Estados Unidos le permitió conocer a Washington, Adams, Jefferson, Hamilton; en Inglaterra, en cuya capital adoctrina

en la idea de la libertad americana a muchos de los futuros próceres, se relaciona con Pitt y Wellington, y finalmente, procurando siempre ayuda, es amigo de Potemkin y de Catalina de Rusia.

En 1806 se lanzó a la lucha y fracasó en las costas de Venezuela. En 1811, Bolívar lo trae de Londres y la Junta de Caracas de 1810 lo pone al frente de las fuerzas militares criollas. Antes, su influencia había sido poderosa para la declaración de independencia que hizo Venezuela el 5 de julio de 1811. Prisionero luego de los españoles fue trasladado a Cádiz y en la cárcel de las Cuatro Torres murió en 1816.

En el II Congreso Internacional de Historia de América, se aprobó un proyecto del delegado argentino doctor Carlos Alberto Pueyrredón "destinado a erigir un monumento a Miranda en Buenos Aires, costado por todos los países americanos y como homenaje al Precursor y mártir de la emancipación de las antiguas colonias españolas".

No sabemos si se ha cumplido con esa noble resolución.

Si aún se está en deuda con tan grande americano, cabe recordar que hay mármoles en América para llevarla a cabo.

Para justificarla, cabe exponer lo dicho por el historiador venezolano citado: "Nadie concibió como él, la idea de la emancipación de la América española; nadie penetró más hondamente que él, las razones políticas, filosóficas y económicas del estupendo propósito; nadie desplegó más excepcionales facultades, ni perseverancia más dedicada e irrevocable para convencer a las gentes de la necesidad de su realización por el beneficio universal".

Montevideo, 1978.